

“Os conviene que yo me vaya; porque si no me voy, no vendrá a vosotros el Paráclito”

Siempre que escucho la primera lectura de hoy me llama mucho la atención el paso repentino entre el “casi-suicidio” del carcelero y su salvación (y la de su familia). No sé, ¿qué habría sido de él si hubiese tardado un segundo menos en tomar aquella fatal decisión?

Ante las situaciones adversas, inesperadas, que no comprendo... ¿soy capaz de esperar en el Señor? Veo a menudo en mi vida que, ante lo difícil, tiendo a la desesperación, a la tristeza fácil, a refugiarme en mi comodidad... Si supiese esperar, quizá Jesús tuviese la oportunidad de salir a mi encuentro y cambiarlo todo, como hizo con aquel hombre.

Cristo mismo se lo dice a sus apóstoles tristes: “os conviene que yo me vaya”. ¿Bromeas, Señor? No, él sabe perfectamente que le necesito, que cuando no le veo, tiemblo... pero sabe también que, sin el Espíritu Santo, jamás podré conocerle de verdad, que jamás le anunciaré con valentía, que no podré descubrir en toda circunstancia, por difícil que sea, el tiempo de salvación.

Rafael, seminarista



Rembrandt, *Pablo en la prisión*, 1627